

**HOMÍLIA PRONUNCIADA POR MONS. DIEGO MONROY PONCE;
VICARIO GENERAL Y EPISCOPAL DE GUADALUPE, RECTOR DEL SANTUARIO
XVIII DOMINGO ORDINARIO**

Domingo 02 de agosto de 2009.
Año Sacerdotal

“JESÚS Y LAS DIFICULTADES PARA CREER” O “LA RELIGIÓN COMO OBSESIÓN”.

Hermanas y hermanos: **Demos gracias al Padre de nuestro Señor Jesucristo que por el don de sus Espíritu nos conduce por los caminos de la verdad y del amor;** pues, a pesar de nuestras dificultades para creer, no deja de manifestar su paciencia y su ternura por nosotros que tantas veces nos aferramos a nuestras propias ideas sobre su misterio sagrado.

Mis hermanos, **el domingo pasado**, como lo indicamos, **entramos a una de las páginas del Evangelio más importante y profundas** y, por lo mismo más difíciles de comprender. **Hablo más que de un libro, de una persona: Cristo;** pero por eso también de mayor trascendencia no sólo para la religión, que es práctica de la fe, sino para nuestra experiencia de Dios individual y comunitaria.

Aunque el domingo pasado, hermanos míos, sentíamos ya la necesidad, por gracia divina, de **abrir nuestras mentes y nuestro corazón para comprender mejor su palabra**, vale la pena hoy, una vez más, insistir en poner atención a lo que estamos tratando, porque **la obra de Dios requiere mucho de nuestra disposición interior** (hablo de allí donde el Espíritu actúa misteriosamente y efectivamente) para dejarnos enseñar, como ya hemos dicho, cada domingo por el Señor de la Iglesia.

El pasaje que hoy escuchamos y estamos meditando, hermanos, aunque está aparentemente interrumpida por un milagro por otro episodio de la vida de **Jesús**, que refleja la vida de la Iglesia primitiva, **es continuación del tema que inició el domingo anterior.**

He mencionado, a propósito a la Iglesia de los primeros años (y más precisamente, la del primer siglo) porque es importante que, para comprender el mensaje que la Palabra de Dios nos ofrece, **no perdamos de vista que ante todo los escritores sagrados**, como es el evangelista san Juan, **escriben desde una situación histórica muy concreta de sus comunidades a las cuales**, iluminados e impulsados por el Espíritu, **conducen por los caminos de la fidelidad y del amor a Dios.**

Más concretamente, no debemos perder de vista que el evangelista, más que ningún otro, **se expresa de Jesús y hace hablar a Jesús desde la experiencia de una comunidad que trata de entender el misterio de Cristo muerto y resucitado**, pero que encuentra dificultades de diversa índole para comprender y vivir este misterio. Lo que sucede en estos encuentros de Jesús con los judíos, es reflejo de lo que sucedía en las primeras comunidades que iban intentando madurar la experiencia de Pascua. Por eso es para nosotros, gente del siglo XXI, tan significativa la comprensión de **este mensaje**, pues, a pesar de tanto tiempo después, **sigue siendo para nosotros, revelación de algo que vislumbramos, por gracia de Dios**, pero no logramos entender ni vivir en la profundidad que exige este misterio de amor.

En el trozo evangélico que escuchamos este domingo, vemos cómo los judíos, a pesar de que ven **en Jesús a alguien diferente y muy digno de tomar en cuenta**, no logran entender bien a bien de qué se trata la grandeza e importancia de este hombre. Por eso concluyen falsamente queriéndolo hacer rey. **Pero no dejan de interrogarlo y de interrogarse sobre su persona.** De manera que el diálogo, como suele presentar Juan esta clase de diálogos con Jesús, resulta más bien una sucesión de malentendidos entre Jesús y sus interlocutores. No porque Jesús no sepa o no quiera expresarse con claridad, sino porque aquellos no se ponen a la altura. **¡Igual que como nos pasa o nos puede suceder hoy a nosotros!**

Notemos, entonces, hermanos, que no es que haya una franca resistencia de los interlocutores de Jesús a aceptar la revelación de su misterio. Lo que pasa es que ellos **están tan metidos en sus conceptos** —¡y tal vez de muy buena fe!— **en sus formas de ver, de esperar y de entender, que no son capaces de ver la novedad y la grandeza y profundidad de lo que oyen y ven**, e insisto, no voluntariamente. La razón —¡pongamos atención todos! Es que buscamos, y queremos encontrar, con nuestros propios recursos humanos: con nuestra sola razón, nuestros propios criterios, a partir de nuestras experiencias, por no decir, de nuestros prejuicios.

Y Dios, misericordiosamente comprensivo y rico en piedad, **como Jesús con los judíos, condesciende con nosotros**, pero no puede, ni quiere, dejarnos allí; nos quiere llevar más lejos: a experiencias y situaciones insospechadas por nuestros deseos y nuestras miradas y planes cortos, por autosuficientes.

Dejemos, hermanos que Jesús nos desconcierte, nos sorprenda con la novedad de su palabra inquietante: Los judíos preguntan, dicho con otras palabras: **“¿QUÉ TENEMOS QUE HACER PARA AGRADAR A DIOS?”** Jesús les responde —y nos responde—: **“No se trata de hacer sino de creer, de acoger la iniciativa de Dios, de recibir el don, sin más...”**. En otras palabras: en vez de hacer, hay que recibir. En vez de trabajar, es más importante creer (cfr. Javier Garrido, *Seguir a Jesús en la vida ordinaria* Ed. Verbo Divino, p.233). **Ese don es Jesucristo mismo que a su vez, junto con el Padre nos dan el Espíritu.** Lo verdaderamente necesario es creer y creerle a Jesús conducidos por su Espíritu. No olvidemos, ¡CREER ES GRACIA, ES DON!

El texto de hoy termina con una revelación que va a escandalizar a sus interlocutores, cuando Jesús dice: **YO SOY EL PAN DE VIDA, EL QUE VIENE A MÍ NO PASARÁ HAMBRE, EL QUE CREE EN MÍ, NO PASARÁ NUNCA SED.** ¿Cómo es que Jesús es el pan verdadero? ¿Qué no es el pan verdadero? Jesús dice de entrada que el que cree posee ya la vida eterna. ¿Cuál es alcance de estas afirmaciones suyas? Por hoy basta con quedarnos con estas preguntas. **El domingo próximo**, cuando estemos nuevamente en la escuela de la Eucaristía, **el Señor nos enseñará un poco más de su misterio y la forma de vivirlo.**

Pidamos a nuestra Muchachita y Celestial Señora y **Madre de Guadalupe** y a su hijo **Juan Diego Cuauhtlatoatzin** que nos ayuden con su ejemplo y su intercesión a vivir en la obediencia de la fe y en al amor al Padre, por su Hijo, en el Espíritu Santo. Amén.